

Imaginar el pasado. Nuevas ficciones de la memoria sobre la última dictadura militar argentina (1976-1983)

KAREN SABAN (2013). Heidelberg, Winter, 195 páginas.
ISBN 978-3-8253-6139-6



Marcelo G. Burello

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

En las Ciencias Sociales y las Humanidades actualmente presenciamos, y en verdad desde alrededor de un par de décadas atrás, cuando la generación de los últimos sobrevivientes del Holocausto empezó a diezmarse fatídicamente, un auge de los estudios sobre el problema de la memoria. Memoria social, memoria comunicativa, memoria colectiva, memoria cultural...: la sola multiplicidad de redefiniciones acuñadas durante el siglo XX resulta indicativa del crecimiento de un fenómeno cuya atracción puede ser fatal para un investigador si este no sabe hacer pie en él. La autora de esta minuciosa tesis doctoral, emprendida hace años y ahora logradamente refundida en un libro legible y homogéneo, apuesta por la más reciente orientación de esta verdadera subdisciplina, la de Jan y Aleida Assmann, al confesar que “ésta es nuestra hipótesis: la literatura de ficción puede cumplir con la misión que le compete a la memoria cultural en el medio de la ficción” (11). Y como parece saber muy bien que este “giro memorialista” conlleva el riesgo epistémico de que todo lo producido en este ámbito casi de inmediato pierda relieve a manos de nuevas exploraciones, a veces meramente hijas de las modas académicas, ha sabido acotar cuidadosamente su objeto de estudio con el fin de ganar en profundidad de análisis y observación. Los siete funestos años de la dictadura cívico-militar en la Argentina constituyen, así, el marco espacio-temporal dentro del cual seis narraciones literarias (un cuento y cinco novelas), elegidas ciertamente muy a propósito y hermenéuticamente explotadas al máximo, operan como prismas que permiten sondear las tensas relaciones que se dan entre la ficción y la representación del pasado cuando un escritor se enfrenta a una experiencia cercana y dolorosa, aun cuando no la haya vivido en su madurez (entre otros factores, también el de las divergencias etarias entre los autores enfocados ha sido ponderado en sus implicancias artísticas).

La rigurosa estructura del estudio se ratifica, además, porque de todos los ejes posibles de lectura, que presentarían un catálogo infinito, se han seleccionado tres grandes temas, a saber: el del narrador, el del

espacio y el del tiempo, temas cuyo valor y riqueza son indudables para el análisis del procesamiento social de la memoria. De hecho, así se anuncia en el prólogo esta acertada decisión metodológica:

A contrapelo de la tendencia a plantear el tema en términos maniqueos: memoria u olvido, víctimas y victimarios, terrorismo de Estado frente a terrorismo de izquierda (en el consabido mito de los dos demonios), mentira en oposición a verdad, inocentes o culpables, héroe o traidores y también guerra sucia versus transición democrática, la estructura de tres en que se dividen los análisis representa un conjunto más complejo, cuyos puntos están unidos por un sinnúmero de redes de doble acceso. El objetivo fue conformar una constelación de problemas en torno a la representación literaria del pasado y los modos de hacer memoria. (XX)

Este afán analítico rinde frutos en tanto permite detectar detalles y rastros en cada texto de los que la crítica literaria no había sabido –o querido– percatarse, lo que queda especialmente expuesto en el renovador abordaje de la novela *El fin de la historia* (1996), de Liliana Heker, una obra en su momento condenada por los especialistas y que sin embargo, o quizás justamente por ello, Saban se atreve a rescatar como obra doblemente reveladora de los tremendos años setenta y de la época en que fue redactada: los tristes años noventa. La lúcida inversión del clásico concepto de *unreliable narrator* de W. Booth muestra que la autora puede leer original y heterodoxamente no solo los textos de ficción, sino las tradiciones teórico-críticas que sobre ellos se han sedimentado, las más de las veces desactivándolos en su potencial de recepción. De esta manera, también la serie de la crítica literaria especializada se revela como una “narración sospechosa” que es preciso releer y recontextualizar. Y lo mismo podría decirse de la productividad que revela la aplicación del subgénero policial al relato “Infierno grande” (1989), de Guillermo Martínez, donde las herramientas de la teoría literaria –una disciplina siempre tan cuestionada por

su endogamia y su autoindulgencia— articulan una exégesis profunda e inquietante.

En este vaivén entre lo conjeturado y representado por las narraciones seleccionadas y aquello que realmente sucedió o que pudo haber sucedido cuatro décadas atrás, este trabajo invita a pensar una vez más en la relación entre la literatura de una nación y la imagen que esta tiene o pretende tener de sí misma, también inscribiéndose, por ende, en la línea de estudios cuyo máximo referente actual es Benedict Anderson. Pero ante todo, su efecto más intenso es el de obligarnos a preguntarnos por el estatuto cuasi-ficcional de nuestras propias vidas, tal como surge de lo narrado en los textos. Pues sin incursionar en la psicología más allá de los intereses del caso, los análisis particulares de algunas obras sintonizan muy bien, asimismo, con esa nueva tendencia neurocientífica según la cual el recuerdo personal no es un acopio, o un depósito, sino un proceso de fabricación constante, donde el pasado se activa cada vez desde el presente que lo invoca en busca de sentido,

y que no puede más que construirlo con sus parámetros circunstanciales: una labor trabajosa, infinita e imprescindible. A este trabajo reflexivo parece invitar asimismo el prólogo del libro, de claro tono personal, e incluso confesional.

Para concluir: no es costumbre en el mundo académico, y menos tratándose de un asunto tan delicado como lo es el procesamiento de la época más oscura de la historia argentina, ponderar los méritos propiamente editoriales de un libro. Pero así y todo cabe destacar este volumen en tanto tal, acompañado además por una serie de ilustraciones *ad hoc* que evocan, mediante la técnica del collage, el presente continuo que aquí se pone al desnudo desde el campo más fructífero que queda cuando todos los presuntos registros de la verdad han colapsado: el de la imaginación poética. O en palabras de la autora: “Necesitamos, pues, relatos para comprender lo que nos ha sucedido. Con esta tarea no menor contribuyen las ficciones argentinas” (173).